

2010

IN MEMORIAM. Cuerpos y cantos; Historia; Instantes; Las aventuras de un joven poeta; Cuerpo y cantos; Mensaje; Secretos; Presencia; Viaje; Agudo éxtasis; Verano

Rodolfo Privitera

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Privitera, Rodolfo (Primavera-Otoño 2010) "IN MEMORIAM. Cuerpos y cantos; Historia; Instantes; Las aventuras de un joven poeta; Cuerpo y cantos; Mensaje; Secretos; Presencia; Viaje; Agudo éxtasis; Verano," *INTI: Revista de literatura hispánica*: No. 71, Article 31. Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss71/31>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in INTI: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

RODOLFO PRIVITERA

EN EL LÍMITE

¿Quién dice que estamos hechos de tierra nosotros, voladores...?

Marie Luise Kaschnitz

Cuerpos y Cantos

¿Qué sucedió que apenas me conozco?

Stefan George

Historia

No hubo gloria o funerales solemnes en mi niñez
solo restos de una alegría robada al azar
o al descuido de quienes determinaban las desgracias.

Pero aquella inocencia vaticinaba caminos inesperados,
aprendizajes de los que miran el mundo sin odio.
Los juegos fueron aliados necesarios para olvidar las terribles agresiones.

Sin mayordomo o sirvientas que escaparan para vivir la
pequeña historia de amor, inventé por algún tiempo, la alcurnia de ciertos héroes
barriales que se movían entre putas y marihuana.

Árboles y parques sin prestigio se extendían en las calles desoladas, algún barco cruzaba esa pradera en los atardeceres. Ponía la proa hacia el ocaso y lo veíamos desaparecer junto al sol.

Las hamacas se incrustaban en las ramas donde nidos y flores creaban las preguntas que resolvíamos a gritos.

El tiempo se perdía entre corridas y anónimos insultos. A veces, fumando canutos de zarzaparrilla, escribíamos en silencio los nombres de las muchachas que compartían nuestros bancos en la escuela, y boca arriba, en cualquier esquina del barrio, mirábamos la noche perturbados por ese amor inalcanzable.

En invierno, con la luna apenas dibujada, quemábamos batatas en los potreros y crecían expectativas y silencio en la voz de un árabe que juntaba las manos bajo su mentón en una rara plegaria; ese murmullo nos vaciaba de travesuras y así volábamos junto a las llamas que se desvanecían azules. Desde lo alto se veía un castillo donde hombres y mujeres cabalgaban en pájaros fantásticos para salvarse de los demonios. Sus turbantes se extendían en el horizonte tiñendo las casas del suburbio.

2

Los pasos no se exploran fácilmente; hay esquinces olvidados, rincones donde la sombra dibuja lo predicho. En algún lugar se fijó la necesidad de un mundo que establecía cánones de vida. En algún lugar brotó el rechazo a todo eso.

La curiosidad construyó su propia fortaleza para defender el silencio. Los deseos, libres de la obscenidad represora, fueron aptos desde el principio. Dibujábamos con desparpajo las figuras que enriquecían nuestra erótica imaginación y entre el sueño y la realidad, las mujeres se descolgaban desde cualquier parte excitando nuestro cuerpo que se desplomaba con ellas en algún lugar del mundo. Aún no caían los velos de falsas revoluciones en las que creíamos con la ferocidad de los principiantes.

Las fantasías tuvieron el límite de esa realidad que envilece los sueños.

A cierta edad las puertas se convierten en abismos.

Pensar era un montón de raíces secas que apostaban a la nada. Revivir los orígenes de las auténticas leyendas no pasaban por los claustros universitarios ni por las supersticiones religiosas. Lentamente nos fuimos dando cuenta que las ilustres mediocridades conquistaban el mundo porque enfatizaban lo que merecía olvido.

Uno iba creando su historia, dentro de las otras, que se desarrollaba con el titubeo de la duda. Las dudas y algunas huecas convicciones, asfixiaban los

signos diferentes. Mañanas que vaticinaban olvidos, con sus palabras de música barata, se levantaban para tender un velo trastornando el día, pero insistíamos en alcanzar la orilla donde muertos y sobrevivientes ilustraban nuestras vidas. La noche no nos alejaba del ajenjo de Verlaine, ni de Holderlin en su trágica ensoñación. Otras voces más cerca en el tiempo y el espacio iban cubriendo las espaldas que nos llenaban de vida. De ellas aprendimos a sacudirnos el desamparo y las sonrisas inútiles.

3

En la inestabilidad del horizonte se perdían nuestros ojos. Crecía la zozobra y los delirios que insistían en el diseño de otros caminos.

Voces rotas por la afonía proclamando la divina estupidez, muestrario organillero, personajes de orillas, señoronas aterradas por el vulgo, asesinos y drogadictos, curas hermafroditas. El llamado arte, que se desarrolla también entre miserables, junto al juicio de los otros, hacían estragos no perceptibles. Desde estos lugares construimos las ilusiones. Desde esos lugares me dijeron: no trate de salvar al mundo; sálvese de él.

Sobre escombros se construye la vida. Entre los muertos se inventa la esperanza. Las sensaciones, como trastos en desuso, nos abrirían un camino a pesar de Rilque. Recordar iba a ser una suma de momentos, presencia de esos momentos que diluían la elaborada costra de olvidos. El presentimiento se sumaba a las preguntas y al fervor que nos mantenía en la constancia por saber. Nos pusimos de pie tantas veces que se agota la memoria.

Incertidumbre y desconfianza acompañaban mi participación en esas convivencias pueriles; dolor por la falsa realidad construida para esconder las miserias. Ciertas vivencias resonaban en otros lugares; un extraño laúd se unía al ruido cotidiano. Las ilusiones se mezclaban a la confusión y al desamparo, los delirios de luna llena morían en viejos acantilados que cercaban la mudez, la vigilia en pleno acecho. Carpa de color de mar navegaba a la deriva; mitológicos caballos se burlaban de la esperanza. Los trapeceistas seguían en el aire, muchachas en equilibrio rebotaban muy cerca del suelo. Fieras que amamantaban a su prole antes de descolgarse con sus aullidos a cuesta. Las piernas vacilaban en la cuerda, la intuición hablaba de absurdos desembarcos, la intuición abría a duros objetivos. El intercambio de sensaciones anulaba lo fortuito. El tiempo ahora guiaba la intensidad de la experiencia; brillos de una construcción desnuda en el espacio. Las palabras habituales eran diferentes, un marcado sesgo de lo ignorado. Desde allí comprendí que el circo con sus hipnóticos juegos cotidianos seguiría su curso inevitable; sus trompetas no anunciarían ningún advenimiento redentor y el payaso, finalmente, con su máscara desordenada, desde el borde de la pista abrió su pequeño cofre de sorpresas y comenzó a reírse de sí mismo.

Imagen

un acordeón solitario
un hombre de pantalones color cielo
se pierde con los sonidos justos
en la ceremonia nocturna del universo.
Detrás, los adoquines brillan,
los faros incendian diagonales,
casas donde los sueños se congelan
en frágiles cajitas.

Instantes

Ahora es así:
el espectáculo matinal me llena de verde
y de sol que se esconde entre las ramas;
el riacho murmura en las piedras.
No hay furia ni avalanchas
solo carpinchos en su madriguera
y algún zorro expectante. Me meto
en el agua y sacudo mi historia personal.

Ahora sí,
es otro tiempo
y aparecen puertas que dan a calles
que gritan de puro instinto;
sacristía de vino dulce en la penumbra de las velas;
capilla insalubre con tos de milagros,
miedos que legitiman la inútil adoración.

Ahora vuelvo
desde la salvaje frontera
y duermo con mi familia en el hombro;
el dedo de mi padre señalando un punto
inescrutable, su cara dibujada en la penumbra;
los presagios de la abuela en la fiesta dominical,
el cementerio agudizando las nostalgias.

Ahora es así:

El pescadito se agita en la trampa
y el corazón de niño se acelera por el regalo,
el contacto es solo la mirada;
nadie alrededor conoce el fracaso de ese diálogo,
nadie alrededor conoce la fascinación de ese diálogo.

Las aventuras de un joven poeta

Detrás del conventillo, una tela negra
y gritos que se distinguían sobre otros.
El cielorraso de las dos piezas parecían ceder;
un chico corrió hacia la calle que moría en un riacho.
Lo atravesó chapoteando en el agua. Llevaba
un cuaderno y un pequeño libro.
Se sentó en el lado alto del Dock Sud. Desde allí,
se divisaban algunos barcos. Respiró y abrió al azar
la pequeña enciclopedia. Un hombre
agitaba unas alas enormes. Cerró los ojos un largo rato,
luego presenció lo que Leonardo 500 años antes:
pájaros revoloteando sobre su cabeza.
Hizo unos dibujos, se colgó de ellos
flotó entre las nubes, veía casas, ríos
y la extensión azul del mar;
de pronto torres y castillos, cascos y corazas,
mensajeros a caballo le entregaban una carta:
“esperáme a la salida de la escuela” Edith.
Recordó el poema de Raúl Gustavo Aguirre
que su maestro le había enseñado:
“Ella abre sus brazos al horizonte
pero el mar es tan grande
que solo una gaviota la atraviesa”
Volaron sobre puentes y edificios con
pinturas y leyendas en las paredes
desfilaban ciudades, pequeños pueblos,
gigantes recogiendo frutas,
guirnalda que cubrían su pecho, helados de crema.
Hombres barbados, recelosos, mezclando líquidos de colores;
voy a caerme, ella lo sostenía
remontaba su cabeza un vez más hacia el infinito,

rozó su boca, después su cuerpo,
y en ese instante lo sacudió el aroma de un jardín extraño

Entre juncos y ramas,
se escucharon voces, el ajetreo de un tren lejano,
un motor, la fuerte voz de su padre;
soltó su mano, se movió en la cama.

La gente que lo rodeaba, pedía cosas,
sábalo o merluza es lo mismo,
miró a la gorda y ese golpe de realidad
le cortó el dedo, le echo sal
revoleó el paquete de pescado
que cayó en los brazos de un mendigo;
sorprendido se arrodilló frente a una virgen
en la pared del mercado
y rezó como nunca por la gracia divina.

Su tiempo fue el silencio,
protegió esa isla por mucho tiempo.
Escribió cartas de amor y pequeñas historias
dando rienda suelta a sus fantasías.
Los poemas en aquellos años,
ya escapaban a lo predicho,
y merodeaban los extremos de la incertidumbre.

Cuerpo y cantos

Claro como corresponde a los vaticinios
festejamos la ceguera y las vicisitudes del dolor
por todo aquello que nos fue abandonando.

Me preguntaba qué crecía fuera de mi;
riveras y niebla con figuras
reflejadas en esa línea del cielo;
manos en espera melancólica
piernas avaras de movimiento
supersticiones que edifican esperanza.

Me pregunto por los atributos de este cuerpo
que vive para sostener la precariedad
de su paisaje;
expectante y único el espacio lo devora.

Qué es lo que vive más allá de este bosque
idiotizado por el sol.
El ingenuo caminito de hierba mojadas,
florcitas crecidas al amparo
de colores que vuelan para enternecer la vida.

Y los cantos inesperados galopan con su fuerza salvaje.

Mensaje

Uno es la memoria de un pasado;
dónde poner las palabras
que brotan de los pavos reales.

Mensaje híbrido de ebrios.
que trastocan silabas destinadas a la mudez.
Orejas que sobornan las repeticiones.
Remota rueda de roca que roe anhelos y piedras.

Sin embargo, los lirios expectantes
amanecen embelleciendo los ojos.

Nos detenemos allí.

Secretos

Tiempo donde lo dulce llegaba del misterio
Ideas que se atribulan con un simple sopro de aire tibio.
Algo chisporrotea iluminando los pequeños viajes.

Desde esos lugares se descubren colores imprevistos,
 movimientos, un estar, una mirada
 como un tren escapando de su propia historia,
 y de aquellos que creen rebelar
 los secretos de sus travesías:
 el espacio ilusorio del encantamiento.

Presencia

Ella y yo desde la rayuela hasta el México ignorado.
 Hierbas secas sentenciaban los pasos que se alargaban
 para escalar los pequeños montes salvajes.

La historia es simple;
 al principio café con medialunas y palabras
 para distraer el calor del trópico;
 después sopa de vegetales.

Supimos quienes éramos demasiado pronto.

No hay amor mas amor en la silla donde todavía se dibuja
 su cuerpo atado a la sonrisa minutos antes de partir.

Viaje

Había una figura de aire en sus ojos
 una imagen gigantesca se escondía entre las olas,
 olas como abismos. Navegábamos
 en aquel barco sin puerto preciso.
 Descubrí otra melodía en el temblor de nuestro cuerpo;
 presentimientos circulares se perdían en la noche,
 gritos a la intemperie, dedos que estrechaban la esperanza.
 De pronto una luz, una protuberancia entre las nubes.

La muerte, esa posesión inevitable,
 escapó colgada del sol y el silencio.

Agudo éxtasis

Acaricia el oído la suave música.

una vela en la casa oscura,
labios entre voluptuosas piernas
deambulan hacia el rojo-terso
gozando el fervor del mundo.

Agudo éxtasis

Opio, razón deslinde;
trabajadores perfectos buscan la morada-luz.
mis manos serpentean en el claro vientre;
pétalos que brotan,
digiero el sabor de vida.

Mi gemido es el tiempo del destiempo;
otros cargan bolsas en la calle,
golpean salvaje los pájaros salvajes.
La niebla deja todo esto en una tibia insinuación.
Mi oreja vuelve a la casa oscura,
se regodea en las viejas melodías.
La toco en su tierno giro;
se apaga lentamente el fervor del mundo.

Verano

El cielo es un círculo que ignora nuestros desvaríos;
la lluvia es la armónica relación entre dos puntos
y acaricia el conjuro personal.
La cabeza, trompo desfalleciente, captura fantasías.
Manos y deseos
son un recipiente que se alarga
como la voluntad de los libertinos
y recoge gotas de estímulos imprecisos.

Coníferas en un mar azul se dilatan en las colinas
que rodean la casa. Sapos que ruedan en la tormenta.
Todo se escurre con la velocidad del agua.
Todo flota en mis ojos;
el viento se acuesta sobre la belleza de las flores.

El verbo estar no alcanza para conocer
nuestro lugar en el mundo.